



LITERATURA — CIENCIAS — ARTES

AÑO I

§ Barcelona 28 Junio de 1890 §

NÚM. 3



EL BESO (POR C. B. CAMBA)

NUESTROS GRABADOS

El beso.

Tanto se ha escrito acerca de esa manifestación del sentimiento, de esa traducción en hecho de la pasión que arrebató, enloquece y atosiga los corazones, que cuanto pudiera decirse resultaría pálido. El beso es la sanción de un juramento, como es el arranque de un alma emocionada que rebosa ternura. Los niños se besan mutuamente con la ligereza de la mariposa que bate sus alas sobre la flor objeto de sus afanes. Las madres al estamparlo sobre la frente o en los labios de sus hijos, depositan con él su alma entera. Hay besos criminales, como hay besos santos. Uno de estos últimos representa la lámina debida al correcto lápiz del Sr. Comba.

La favorita del harén.

Bertier detalla magistralmente en esa lámina a la favorita, a la reina de las mujeres del Sultán, y tal vez única poseedora del amor de éste; de arrogante presencia, de formas esculturales, la presenta en el momento de transmitir a su esclava, negligentemente sentada a sus pies una impresión poco importante de su vida de soberana mimada: su esclava, con la boca entreabierta, contempla absorta y admirada, tan esplendente figura, cuya pureza de líneas y naturalidad de expresión, revelan un maestro.

Plaza de Maximiliano.

Tal vez lo mejor de Viena es la plaza que lleva el nombre del malogrado Emperador, noble víctima de su caballería y de las bastardas pasiones políticas de su época. En el dibujo que ofrecemos a nuestros suscritores, además del movimiento propio de un sitio que es el corazón de la capital, descuellos la magnífica fachada del templo gótico, obra del arquitecto Ferstel, principiada en 1853 y terminada veintiseis años más tarde, en 1879.

Salida del hipódromo.

La salida del hipódromo siempre da más juego (bajo el punto de vista artístico) que la ida a esa reunión de la aristocracia, a esa cita de la moda, a ese incitante tapete extendido a la faz del sol que aunque nada tiene de verde (?) tiene mucho de vertiginoso y donde el dios del siglo goza con las jugarretas que propina frecuentemente a los ávidos de emociones, lo mismo que de dinero: nuestro dibujante sorprende la salida en uno de los momentos de confusión que tanto encanto presta a la perspectiva.

Medios de transporte entre los chinos.

(Lám. 3.^a del Album del UNIVERSO ILUSTRADO).

Así como nuestros montañeses echan mano de los mulos y demás acémilas para transportar sus granos a los mercados, o sus fardos desde las plazas principales a los pueblos de las sierras, así también los chinos emplean sus camellos además. Sus carromatos, son mucho más pesados que los de Europa; contruidos sólidamente, demasiado, constituyen por sí solos una dificultad de arrastre; y así es que por lo general sus tiros se componen de cuatro, seis o más caballerías. El camello, uno de sus principales elementos de transporte, es utilísimo, pues es susceptible de soportar grandes fatigas, resistiendo la sed y el hambre más que ningún otro animal de carga; su empleo se remonta a muy lejanas épocas, puesto que ya la Sagrada Biblia nos lo nombra a menudo bajo la denominación de *gamal*, haciendo constar que Job llegó a poseer 6,000.

Por lo demás, las costumbres y necesidades son idénticas en todas partes, sólo los medios varían.

D. Joaquín Baranda, ministro de Justicia é Instrucción pública y D. Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones exteriores.

La abundancia de originales nos impide incluir en este número, como habíamos ofrecido, los datos biográficos de los personajes mejicanos, cuyos retratos vamos dando; pero en el número próximo los publicaremos junto con el del general D. Carlos Pacheco, ministro de Fomento, Colonización, Industria y Comercio, de los Estados Unidos mejicanos.

REVISTA GENERAL

Hoy por hoy, lo que priva en todas partes es el veraneo; todos están ansiosos de dejar los grandes centros para ir a sentar sus reales en los acostumbrados puntos de bonancible temperatura o de frescas y saludables brisas.



D. JOAQUÍN BARANDA, MINISTRO DE JUSTICIA É INSTRUCCIÓN PÚBLICA

En París, en Roma, en Madrid, todo el mundo se apresta a ello, esto es, todos los *gentleman*, toda la gente *comme il faut*, todos los mimados de la fortuna, todos los felices diríamos, si la felicidad la constituyera el poder tirar un fajo de billetes; los acaudalados habitantes de París, de esa villa de las villas como decía madama de Metternich, las celebridades artísticas lo mismo que las financieras, están empaquetando sus bártulos o pasando la última correa a sus maletas.

Los parisienses esperan pasarlo bien, aplaudiendo la pantomima de moda «*El hijo pródigo*» de Carré con música de Worwser, premio de Roma y sobre todo a su principal intérprete señorita Mollet.

M. Corraud y M. Bachelet, primeros premios de composición, parten también para la villa Médicis, van a Roma.

Las noticias que tenemos de las demás capitales de Europa se reducen a muy poca cosa, todo está

en calma, sólo se habla de baños y más baños, de aguas medicinales y de aguas recreativas.

La política deja sus agitaciones para descansar, como la tempestad sus rayos para dar paso a los refrigerantes fulgores de una aurora límpida y serena. La convención anglo-alemana que es la cuestión palpitante, se reduce a ejercer el protectorado Inglaterra sobre Zanzíbar, cediendo a Alemania la isla de Heligoland, situada en la embocadura del Elba, cuestión trascendental, importante, que dará que hacer a la diplomacia francesa y se resolverá como Dios quiera. Los políticos también se irán pronto, si bien que para volver. En cambio, dos hombres de gran talento, Cuzin premiado en la exposición del 89 y el compositor Teodoro de Lajarte, nos han dejado para siempre. En el mundo, cada sonrisa tiene al lado una lágrima: Junto a una dicha, un dolor. ¿Quiénes serán más felices, los que se van para no volver, o los que se van temporalmente?... En la duda, nosotros, que nos quedamos, digamos adiós a los unos y hasta mas ver a los otros.

CONSTANCIO

LA DESPOSADA

Efectos de una costumbre popular.

Mucho antes de la hora del alba, salí del modesto pueblo de Vilanova, que dormía por sus cuatro costados, y montado en un caballo negro, dócil y muy inteligente, y acompañado de su dueño tomé el pedregoso camino que conduce al elevado monasterio de Escornalbou, deseoso de admirar la salida del sol desde el *Balcón del diablo*, que es una roca cortada en aquel imponente peñón y con un abismo a sus pies, que produce verdadero vértigo, y constituye el más bello mirador de cuantos ha fabricado la naturaleza en el delicioso campo de Tarragona.

Escornalbou, sea dicho de paso, es una montaña piramidal en parte cultivada y en su cima agreste, imponente, fiera como si fuera concebida y fabricada por titanes, y en que se conservan las huellas de los ciclopes y de los gigantes hombres de la edad de piedra. Más tarde fué un castillo árabe que, reconquistado por Alfonso el Casto de Aragón en 8 de mayo de 1162, en él edificaron su convento canónigos regulares de la orden de San Agustín, que estaban sujetos a la jurisdicción del arzobispado de Tarragona.

El dueño del caballo que era un chico de pierna ligera, de cara de niño, pero robusto, ágil y respirando salud por todos sus poros, me soltó al abandonar las últimas casas del pueblo, la siguiente pregunta:

—¿Es usted pintor?

—¿A qué viene esa pregunta? le contesté.

—Como dice usted que desea ver la salida del sol, desde el *Balcón del diablo*, presumo que querrá usted pintarla. ¿No es eso?

—No, lo que quiero es admirarla. Yo escribo, pero no pinto.

—¿Y qué escribe usted? y perdone la franqueza.

—Historias amorosas, las consejas que me narran y los episodios de los pueblos.

—¿Conque a usted le gustan las historias?

—Mucho. ¿Sabes alguna?

El joven hizo un gesto de disgusto y articuló tristemente:

—¡La mía, señorito!
 —¿Y es interesante?
 —¡Cómo no, si al recordarla se me parte en dos mitades el corazón!
 —¡Tanto lo es?
 —Llega al alma.
 —Pues venga esa historia, y añadí: ¿fumas?
 —Tengo ese vicio como buen español.
 —Pues toma un cigarro y da principio á la narración.

El mozo se llevó el tabaco á los labios, encendió un fósforo en una piedra del camino y dijo después:
 —Aunque mi rostro muestre lo contrario, sólo tengo veinticuatro años.

—Muy joven eres, chico.
 —¡Demasiado, por mis desgracias! Contaba solamente veinte y acababa de entrar en quinta, librándome mi buena suerte del servicio de las armas, cuando me enamoré como un moro; pues, según he oído decir, son los que mejor aman, de una muchacha llamada María, que era María de las gracias, que vivía en Riudecols, pueblo que como usted no ignora, está situado detrás de estas colinas y junto á la carretera de Alcolea del Pinar á Tarragona.

—Guardo de esa población, muy buenos recuerdos, le contesté.

—Yo buenos y tristes, señorito.

—Continúa.

El mancebo exhaló un hondo suspiro y añadió:

—Los dos nos amábamos como dos niños; cuando llegaba el sábado, una hora antes de la puesta del sol, montaba este caballo y en menos que canta un gallo me plantaba en Riudecols. Estoy convencido que las alas de mis amantes ansias las prestaba á este noble animal. María estaba ya de centinela en el balcón, aguardando mi llegada, pues era casa con balcones la suya, y parecía que con los ojos, que con la sonrisa y que con la actitud me diera la bienvenida. ¡Ay, señorito, éramos los seres más felices de este mundo!... ¡Para nosotros no había mayor placer que vernos y hablarnos!... El domingo por la noche regresaba á Vilanova y pasaba la semana trabajando en el campo y aguardando con impaciencia el sábado para visitar de nuevo á mi prometida. Era María tan blanca, tan sonrosada, tan linda y tan juguetona que decían los viejos de su barrio, que la Virgen María, su santa patrona, le mandaba desde la gloria su pucherito para que reventase de salud.

—Bonita imagen muchacho.

El guía tiró el cigarro y añadió:

—Un año duraron nuestras relaciones. Llegó el día de la boda y pasé á Riudecols, con mis padres, hermanos, amigos y deudos. Treinta personas formábamos la comitiva. Nos casamos de mañana, como es costumbre en los pueblos y tomamos misa en el mismo altar en que nos desposamos. La mañana se pasó entre broma y jaleo. Habían sido invitados á la fiesta los más rumbosos mancebos de la villa. No se recuerda otra boda igual en esta comarca. Después de la comida que fué buena y abundante, la gente moza dió en la manía de disparar petardos y carretillas pareciendo con aquel estruendo que la casa se venía abajo. En medio de aquella algazara cuatro mozos de esos que no paran en ba-

rras fueron en busca de mi esposa para llevar á cabo una costumbre tan grotesca como antigua y propia de esta comarca, que consiste, quieras que no quieras, en tender la novia boca arriba y cogiéndola el uno por debajo de los sobacos y el otro por los pies obligarle á dar tres golpes en el duro suelo entre la risa y la chacota de los convidados. María, por no pasar por tal grotesco trance puso los pies en polvorosa, corriendo los mozos tras ella y persiguiéndola por toda la casa. La pobrecita rendida, fatigada, muerta, subió á los desvanes, descubrió en el fondo de ellos una arca vieja, que había pertenecido á los abuelos de la casa, corrió hacia ella sin que nadie lo notara, metióse dentro y dejó caer la tapa, cerrándose de golpe su resorte. Pasó una hora y otra hora y la novia no aparecía. La noche se nos venía encima y María no contestaba á nuestras voces. Registramos toda la casa, las balsas de la villa, por si se había arrojado á ellas, siendo inútiles

aquella arca yacía mi mujer, descompuesta, convertida en gusanos y con las manos crispadas; ¡la pobrecita había muerto asfixiada en el día más bello de su vida para librarse de una grotesca costumbre popular!...

—¡Ea, deja á un lado esos tristes recuerdos, exclamé, y saluda conmigo la clara luz del nuevo día!

Habíamos llegado ante las ruinas de Escornalbou y el majestuoso sol como un hermoso globo de fuego y disipando las sombras, se elevaba del fondo del mar inundando de luz el horizonte.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS

LA MORALIDAD

I

La cuestión moral es sin disputa la que menos ha interesado á la humanidad, la que menos la ha agitado y removido, la que menos ha despertado la pasión de los ánimos, la que menos ha exaltado los sentimientos del genio y las facultades del talento. Y no obstante, en el fondo es una cuestión trascendentalísima, como quiera que, en nuestro sentir, entraña los principales destinos humanos, representa la felicidad ó infelicidad del género humano.

Porque todo se ha reducido comunmente á la teoría, tratándose de la moral que es cosa práctica; mucho se ha discurrecido con elocuencia sobre la naturaleza del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo feo y de lo bello, dando siempre la supremacía á lo justo, á lo bello y á lo bueno.

Sí, se han dado sublimes pruebas de razón, de talento, de dialéctica; mas cuando ha ocurrido la ocasión de dar pruebas de virtud, todos se han apartado, todos han vuelto la espalda. Alcibiades, Pericles y Aspasia eran los oyentes más admiradores de Sócrates; mas ninguno de los tres fué virtuoso: Alcibiades fué libertino y traidor; Pericles libertino y vanidoso, á pesar de haber dado nombre á su siglo, y Aspasia una mujer degradada que hubiera escandalizado á Grecia, si la virtud no se hubiese en aquel tiempo confundido con el vicio, por más que se predicase moralidad.

Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles, recibió sin duda lecciones de justicia y templanza, y á pesar de ello vivió en medio de los excesos; mató con su propia mano á sus dos

mejores amigos, y Aristóteles mismo hubo de sustraerse á la envidia de su real discípulo. Pero en parangón con la gloria de Alejandro ¿qué podían significar tales pecaditos? ¿A quién se le ocurre tratar de malvado, de criminal y vil envidioso al gran conquistador, cuando en este mundo el esplendor de la gloria suele abrillantar las sombras más oscuras?

Cuando Jesús vino al mundo enseñó la moral como práctica de las virtudes y de los deberes; por eso los que le escuchaban quedaban cautivados, arrebatados por su divina palabra, y se enmendaban cambiando la mayor parte de modo de vivir ó de conducta y haciéndose virtuosos. No se entretenía en teorías brillantes ni utopías más ó menos confusas; explicaba la virtud práctica, la moral verdadera.

Aun más; cuando las polémicas de religión engendraron las guerras exterminadoras que tantos



D. IGNACIO MARISCAL, MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

cuantas investigaciones se hicieron... Aquella noche no fué para mí de novios, sino de infiernos. Inútil es decirle que nadie se acostó en la casa. Las más infames suposiciones y los más disparatados cabildeos se escucharon en la vecindad. Todo hijo de madre se creía autorizado para poner en tela de juicio la honra de mi mujer. Nada hay tan terrible como los villanos. Son vampiros que levantan ampollas, cuando no se llevan á tirones la piel.

—Muy bien dicho.

—Dos días después triste, descorazonado, enfermo y sin aliento di la vuelta con mis padres y deudos á Vilanova. Mi madre guardó cama del disgusto y la de María temíamos que se volviese loca. Discurrieron días y más días, á un mes sucedió otro mes; y una mañana la abuela subió al desván y apercibió un fétido olor que la obligó á llevarse el pico del delantal á las narices. Un horroroso presentimiento cruzó por su mente, corrió á la escalera, llamó á la familia, subieron todos, notaron que aquel repugnante hedor manaba del arca; mi suegro, con grandes precauciones, levantó la tapa y cayó sin sentido al suelo, como herido por un rayo. Dentro de



LA FAVORITA DEL HAREM (POR J. E. BERTIER)



Tip. lit. de F. Naente, editor.

MEDIOS DE TRANSPORTE ENTRE LOS CHINOS (copia del natural)



PLAZA DE MAXIMILIANO EN VIENA (DIBUJO L. E. PETROVITS)

estragos, tantas desolaciones y miserias esparcieron por Europa, algunos monarcas alzaron sus miras á la metafísica y á la teología. ¿Cómo no, si dando oídos á la adulación, creían tener genio y talento para todo, si se consideraban en miles de codos más altos que los demás mortales?

Enrique VIII, el que repudió á la virtuosa Catalina de Aragón, que decapitó á Ana Bolena y Catalina Howar, y que hizo infelices á las demás mujeres que tuvo; el que se hizo protestante porque el papa no quería autorizar sus excesos é injusticias matrimoniales, se hizo infalible y redactó seis artículos que eran en cierto modo un resumen de la fe, no olvidándose de hablar, como otros moralistas, de lo justo, de lo bueno y de lo bello. Mientras tanto mandaba sus mujeres al cadalso y sus amigos á la hoguera, sin imaginar que su reputación fuese manchada ni que su grandeza se rebajase. Por otra parte, ¿quién habla de ese poderoso ni de otros semejantes, ocurriéndosele compararlos con los criminales desalmados que la cuchilla del verdugo castiga?

Federico II no se contentó con proteger á los filósofos y apreciar la filosofía hasta el punto de erigirse en doctor de esa ciencia. Sus escritos respiran amor á la justicia, á la libertad de los pueblos y odio á los tiranos. No obstante, después de refutar á Maquiavelo, aplicó sus teorías á su sistema de gobierno. ¡Excelentísima moral! ¿era eso predicar con el ejemplo? No; el ejemplo fué contrario: el rey filósofo ha sido uno de los déspotas más famosos de la historia.

También la emperatriz de Rusia, la famosa Catalina, mantuvo buenas relaciones con los filósofos de su época, con los cuales discutía en activa correspondencia; siendo de suponer que no descuidó de tener por blanco de sus miras lo justo, lo bello y lo bueno. Pero á la vez que filosofaba, salía de frente al libertinaje importándosele mucho menos su virtud que su ingenio.

Cristina de Suecia quiso que Descartes le enseñase la filosofía, y reconoció con entusiasmo la preponderancia del espíritu sobre la materia. No obstante, esa mujer se abandonó á los vicios más denigrantes, y mandó asesinar friamente á su amante Mornaldeschi.

¿Qué moral es esa que sirve para filosofar y discutir, mas no corrige los defectos de los maestros ni infunde la virtud en los que deben considerarse discípulos de tales maestros?

¿Qué moral es esta cuando sus más relevantes, ya que no los más doctos profesores, no conocieron siquiera el pudor de la virtud?

No nos esforcemos en demostrarlo; la filosofía no es la moral práctica; no es ella la que inspira constante rectitud en las vías del bien, la permanencia en el deber, la buena conducta de todos los días, de todas las horas, de todos los momentos. Porque un instante de olvido, una infracción hacen desaparecer todo el mérito de los actos anteriores, dejando en su lugar el remordimiento y la vergüenza.

¡Por Dios! ¿tan difícil es la moral?

Difícil es, no lo negamos; pero la dificultad no es una razón suficiente para que no la practiquemos. La cuestión estriba en la voluntad.

Dominada por un principio, por una opinión, la naturaleza parece acomodarse con extraordinaria facilidad á todas las exigencias de las situaciones. No solamente en un arrebató de exaltación, avanza voluntariamente el hombre hacia una muerte segura, sino que consagra su vida á las privaciones más crueles: sufre el frío, el calor, el hambre, la sed, el insomnio, la cárcel, todo.

Impelida por grosero fanatismo, la cartaginesa devota arrojaba su hijo á los brazos de la candente estatua de Moloch, y miraba impasible como el fuego retorció y devoraba rápidamente los miembros de la inocente criatura. Las lacedemonias veían azotar con ojos serenos á sus hijos hasta la muerte en honor de la divinidad. ¿Qué era entonces de ese amor maternal, innato, espontáneo, invencible en el corazón de las mujeres? ¿Qué era de la exquisita sensibilidad, de la compasión, de la ternura, que parecen formar parte integrante de la constitución femenina? El fanatismo religioso dominaba todos esos sentimientos; y el fanatismo suele borrar la virtud.

El amor á la ciencia y el afán de las riquezas llevan á cabo los mismos prodigios.

A los primeros fulgores de la civilización, inexpertos navegantes se lanzaban al inmenso Océano montados en mal unidas tablas ó en troncos de árbol vaciados, y así se abandonaban con pleno conocimiento de los peligros que iban á correr, á las voraces, encrespadas olas.

¿Cuántos acróbatas por un mísero salario exponen á cada instante su vida y destruyen sus miembros á fuerza de darles vigor y movimientos antinaturales!

¿Cuántos hombres se arriesgan á cada paso para llevar un pedazo de pan á su mujer y á sus hijos!

Lo repetimos, la dificultad de practicar la moral no es razón suficiente, á mayor abundamiento cuando la moral no es un antagonismo de la naturaleza, ni se opone á las leyes de Dios, antes bien las secunda y las enaltece.

No, la moral no combate ni reduce ninguna de las leyes divinas ni de las naturales; su sola pretensión es regularizarlas en cuanto incumbe á la humanidad, en cuanto dependen del libre albedrío. Si en ciertos casos inmola el placer al deber, no siempre exige el sacrificio; da ciertos momentos de descanso y hace vivir á muchos no haciendo morir á nadie.

Además, todo es relativo en el mundo, las cualidades, las virtudes, los vicios; podemos ser morales sin aspirar desde el principio á los prodigios de la virtud.

Lo triste y doloroso es que la moral suele inspirar indiferencia, porque no satisface el orgullo del hombre ni la vanidad de la mujer, ni otra cualquiera de las pasiones.

En otros artículos nos proponemos desarrollar brevemente la complicada cuestión interesantísima de la moralidad.

F. NACENTE

ESTAFETA DEL ARTE

ANÉCDOTA CLÁSICA. — ANARQUÍA ARTÍSTICA

(CONCLUSIÓN)

Muchos profanos habíamos con anterioridad gozado del privilegio de penetrar en aquel *Sancta Sanctorum* del arte; porque sin ser artistas, el título de curiosos, cuando menos, nos franqueó sus puertas días antes con motivo de la festividad artística que se ha dado en llamar *barnizaje*.

El destemplado temporal que hizo en los días primeros de mayo, azotaba con violencia las vidrieras de las altas ventanas, gemía en los bastidores de lienzo colgados de los techos para compartir mejor la luz, y en los murmullos y quejidos parecían reproducir la asonada socialista que á la sazón se dejaba oír en las ciudades más importantes de España, al par que en todas las del mundo. Pero aquel grito de insurrección y de anarquía, que intentaba en vano poner de acuerdo y armonizar á las masas que le formularan, no venía esta vez de fuera en alas del desatado y lluvioso vendabal, sino que se elevaba allí mismo de los lienzos pendientes de la pared, levantando clamoreo desconcertado, apreciable al espíritu del observador atento y reflexivo.

Confieso que mi obcecación fué tal, que recordé al momento al pobre loco admirador del Museo que, según Souvestre, en su *Año tres mil*, creía que á la luz del sol que declinaba, los cuadros se movían produciendo sus tintas armonías más dulces que las notas con que en el antiguo Egipto saludaba los rayos primeros de la aurora la colosal estatua de Memnón.

También hablan las obras del palacio de las Artes y la Industria; pero ¡ay! sus gritos se atropellan, sus palabras se contradicen, y lejos de producir melódica unidad, resuenan con discordancia estrepitosa. No es la gradación cromática de la orquesta bien instrumentada el rumor que la gente se imagina escuchar, sino el desafinado vocerío de la *huelga* derramándose sin dique como turbonada

asoladora por las calles y plazas de amedrentada y populosa ciudad.

Añadiré, sin embargo, que á mi juicio el arte, por su espontaneidad, es la esfera en que con mayor grado de anarquía puede la actividad desarrollarse; pero entiéndase bien que esta anarquía, para que no se convierta en brutal agresión de la ignorancia y el orgullo, es necesario que lleve impreso el sello vigoroso de creadora genialidad. No, es preciso ante todo, que la volubilidad, la extravagancia y el capricho, no se confundan con la expansión libérrima del genio.

Y esta es ciertamente la nota que en absoluto falta en la actual Exposición de Bellas Artes. Ninguna obra saliente y extraordinaria por su intención ó su factura se destaca por notable manera sobre el nivel de las demás. Ese aliento vigoroso, esa inspiración sagrada, que empuja al artista, y le revela el portento de una verdadera creación, será en vano buscado entre el millar de obras que en el palacio vecino del Hipódromo han sido acumuladas.

Primores de ejecución, aquilatamientos de tecnicismo, mecánica y paciente habilidad, no faltan, sin embargo, y conste que son dignos en muchas ocasiones del mayor encomio. Como que hay entre nuestros artistas maestros en verdad consumados que han alcanzado con la observación y el estudio la más completa posesión del procedimiento. Pintan maravillosamente, porque han sorprendido en su práctica larguísima esos misterios del procedimiento que se convierten en tantos otros cánones del oficio, en virtud de los que cada objeto imitado tiene el toque justo que debe tener para reproducir fidelísimamente el natural, ya estudiando la mancha, en planos con largas pinceladas, ya restringiéndola con más vigor á unas cortas dimensiones, ya señalando acuses bruscos y contrastes, ya desvaneciéndose en casi imperceptibles gradaciones de masas.

Nuestros artistas, principalmente aquellos que habiendo podido viajar han encontrado medio de ampliar la esfera de su observación y la de sus conocimientos técnicos del arte, estudiando lo que se produce en el extranjero, poseen la magia encantadora de una *factura* fina y vigorosa, á la vez que impresiona y seduce con sus efectos brillantes; pero estas condiciones, siquiera sean estimables, se muestran, por desgracia, rara vez acompañadas de valor ciertamente intrínseco y de firme y severa solidez. De aquí que tales obras, como aquellas de las escuelas extranjeras cuyo procedimiento imitaron, produzcan en el observador exigente y concienzudo más deslumbramientos pasajeros que profunda é inquebrantable convicción.

Algunos de estos pintores, por su larga residencia en París y por no haber remitido en todo aquel tiempo obras á España, han sido aquí completamente desconocidos hasta ahora. En ellos hay ciertamente que admirar esa amplia base de educación artística que se adquiere en otros países, en que el dibujo constituye lo esencial, elevándose á un grado de perfección tanto más envidiable por nosotros, cuanto más se descuida en nuestras academias. Buena muestra de la escasa atención que dedicamos al dibujo, ha sido el deplorable resultado de la exposición de *Blanco y negro* que no hace mucho celebró el Círculo de Bellas Artes, y en la que, á excepción de alguno de esos insignes pintores que por su larga práctica fuera de España se les puede considerar como ajenos al movimiento artístico nacional, la inmensa mayoría, incluyendo en ella no pocos maestros reputados, estuvo desdichada por su flojedad, incorrección y descuido.

También al actual certamen concurren tres pintores eminentes cuyas obras contrastan con las de los demás expositores por la sólida base que en su educación artística revelan: Jiménez Aranda, el concienzudo y prolijo dibujante, Luís Alvarez, que á maravilla posee los efectos del claro oscuro, y Emilio Sala, maestro por la originalidad de su mancha de color, siempre vigorosa, amplia y castiza.

Ellos son las tres más salientes personalidades del concurso, pero no llega á señalar ninguno un seguro derrotero para nuestra pintura moderna nacional. Jiménez Aranda construye las figuras con geométrica precisión, razona poderosamente, es es-

crupuloso observador y nimio cuanto feliz intérprete de los detalles, pero es frío y desmayado colorista, y su prolijidad concienzuda empuja su concepción y rebaja sus ideales. Así resulta, permitaseme la paradoja, el gran pintor de la realidad pequeña; cuando en fantasía quiere remontarse á más vuelo como en *Consummatus est*, su talento vacila, y sobre la tela del cuadro se proyectan las nebulosidades vagas que invaden su espíritu.

Sala es un pintor especial de pura casta. Posee como nadie el *oficio*; observa el natural y le interpreta con la múltiple variedad que ofrece; emplea en cada objeto la pincelada y construcción que propiamente le corresponden; siendo muy ajustado de dibujo, es esencialmente colorista; pero al lado de estas facultades extraordinarias, descuida la composición y carece de inventiva y de idealidad.

Alvarez es otro maestro que merece atención y estudio. Aunque *La silla de Felipe II en el Escorial* es más asunto de paisaje que cuadro de historia, hay en él un profundo sentimiento de la época, y una severa y melancólica poesía que encarna bien en el motivo. Los demás cuadros pequeños revelan gusto, fantasía, elegancia y corrección.

Al lado de estas tres notas cuyas excelentes condiciones diversas quedan apuntadas, las demás obras de la Exposición aparecen en inferiores términos, marcando sobre todo, una gran indecisión en sus tendencias. El cuadro de género ha vencido al de historia. Las escenas más vulgares de la vida real se han apoderado de aquellos grandes espacios de lienzo en que antes se desarrollaban dramas aparatosos y sangrientos de épocas más ó menos lejanas. Yo no me atreveré á asegurar por esto que lo que se ha ganado en verdad se haya progresado en arte.

Nuestros pintores, aleccionados con lo ocurrido en la Exposición Universal de París en el año anterior, han abandonado bruscamente el cuadro de historia, que á pesar de lo que en contra sostengan apasionadas prevenciones de escuela, con tan glorioso éxito cultivaron desde Rosales á Pradilla. Y lo peor del caso es que la inmensa mayoría de nuestros artistas, al ver la evolución de allende los Pirineos se han lanzado á seguirla de pronto sin preparación suficiente.

He aquí, pues, la causa de la anarquía y desconcierto que se nota en el certamen nacional, y que tanto contrista al ánimo atento y reflexivo. Se han abandonado los caminos trillados sin haber hecho luz bastante sobre las nieblas que aun cubren las sendas nuevas. En consecuencia, la servil imitación fría y amanerada ó la extravagancia caprichosa se han convertido en únicos ideales, sofocando la espontaneidad de la inspiración personalísima, y la tradición secular y gloriosa del arte nacional que aun es admirado y seguido en muchos de los países á donde acude nuestra juventud en busca de una enseñanza y dirección que neciamente olvida poder hallar en casa.

R. BLANCO ASENJO

LA MUJER

SU PASADO, SU PRESENTE Y SU PORVENIR

III



ICTORIOSO y conducido por todas las ambiciones despertadas por las conquistas hechas en el Asia Menor, llegó el rey de Persia á Suziana, ciudad que á semejanza de Babilonia encerraba templos, palacios y suntuosidades, como aquellos de la corte de Nabucodonosor.

Allí también recreóse el vencedor con los jardines fragantes que convidaban á sabroso descanso, bajo los toldos de enredaderas, al rumor de las altas cascadas, aspirando con deleite el aire impregnado de olores riquísimos, á la vez que los celestiales cantos de los pajarillos, encantaban su oído.

Después de jornadas laboriosas, de meses pasados en el campamento, de combates encarnizados y de triunfos gloriosamente alcanzados, era natural que Ciro, dueño ya de un vastísimo imperio, llegase á Suziana anhelando un poco de reposo y una

tregua á sus belicosas aspiraciones. Lo ardiente del clima, la belleza de la ciudad corte de Abradate, y el cansancio del incesante guerrear, fueron suficientes causas para que el vencedor, al tomar posesión de los tesoros reales y de los palacios del vencido, se entregase siquiera por corto espacio de tiempo, al ocio lleno de encantos, que verjeles y alcázares lujosos le ofrecían.

Los tesoros de Abradate fueron á engrosar los de Ciro y los prisioneros tomados en las últimas y decisivas batallas cayeron á los pies del victorioso persa, implorando piedad y protección. Costumbre era y de antiguo establecida el que las mujeres del harén y hasta la esposa predilecta de un rey vencido fueran también una propiedad más, un objeto que pasaba á manos del conquistador.

Habíanle encarecido á Ciro la singular hermosura y el maravilloso ingenio de Pantea, esposa adorada del infeliz Abradate, pero al verla quedó deslumbrado. Era una belleza altiva, á la vez que graciosa; de mirada profunda, de labios rojos como la flor del granado, de cutis suave, terso y aterciopelado; su estatura proporcionada, su talle esbelto y flexible como la palmera de aquellas soledades, su abundante y larga cabellera y el sereno y digno aspecto de la reina, conquistaron por completo al guerrero persa.

La amplia túnica que sin estudio se ceñía á su cintura, y el manto que pendiente de su cuello bajaba hasta tocar el suelo, prestaban majestad y doble hechizo á Pantea.

En su rostro no había ni adustez ni estudiada humildad; resplandecían en él todas las virtudes; todos los sentimientos nobles; toda la fuerza de voluntad de una alma heroica.

El sol brillantísimo; el cielo lleno de esplendores, la brisa acariciadora y suave de una mañana de primavera; los prisioneros, arrogantes unos, tristes los otros y temerosos los más; el rey persa erguido y grave, bajo áureo resplandeciente trono, formaban magnífico escenario en el centro del que veíase á Pantea.

Ciro, albergaba en su pecho unida al heroísmo la generosidad y repugnó tornarse en tiránico dueño de aquella mujer: además, leyó en su semblante como en un libro: jamás sería suya sino por la fuerza, porque era de todos conocido el acendrado amor que profesaba al rey Abradate.

—Que se conduzca á la prisionera, con toda clase de atenciones, á los aposentos de palacio, que ella escoja—dijo Ciro, no sabiendo qué admirar más en aquella mujer, si su soberana belleza ó su digna actitud.

En varias entrevistas que sucedieron á la primera robusteciese la opinión de Ciro, convenciéndose de las altas virtudes de Pantea y de su sólida fidelidad conyugal.

El respeto del rey fué tan grande como su admiración, y de día en día aumentaron sus atenciones por Pantea. Interesábase su recto criterio y su nunca desmentida lealtad, en todo cuanto con la política tenía relación y halagóse en extremo, cuando la reina prisionera le propuso su mediación para que su esposo rompiera la alianza con el rey de Asiria, pues agradecida por el buen comportamiento de Ciro, deseaba Pantea usar de su influencia y tornar en firme amistad la enemistad de ambos reyes.

Ciro accedió á su deseo, y el resultado correspondió á la gratitud de la reina. Naturalmente debía suceder así. Abradate admiró al conquistador tanto por su gloria y fortuna en el combate, como por haber respetado á Pantea, y desde entonces juróle amistad imperecedera, aceptando gozoso el mando de un cuerpo del ejército destinado á combatir á los egipcios.

Imaginémonos la sorpresa de Abradate, cuando Pantea le presentó al partir, soberbias armas literalmente cubiertas de valiosa pedrería.

Habíalas hecho fabricar con sus alhajas más ricas. —Considerándote—dijo—como el hombre más digno de ser amado y más superior á todos, he querido también, que seas el primero por la riqueza de tu atavío.

—¡Oh, Dioses!—respondió Abradate—protegedme para que sea digno de la amistad de Ciro y del amor de Pantea.

Las divinidades no fueron propicias para el rey destronado, pues que peleando como un héroe, murió en una de las primeras batallas.

Dado el carácter de la mujer que retratamos á grandes rasgos, comprenderemos el dolor profundísimo que en ella debía causar la pérdida de Abradate. Las demostraciones no fueron tantas como grande era la herida, pero desplegó actividad prodigiosa para no retrasar ni un instante la unión rota por la muerte. Hizo conducir el cuerpo de su esposo á solitaria y tupida selva, y con diestra y segura mano cortó con un puñal la vida que ya le era odiosa, rogando que una tumba sirviese para los dos.

A orillas del río Pactolo, hizo levantar Ciro el monumento que encerró á los dos esposos y que por largos siglos, recordó el amor conyugal de Pantea y sus virtudes.

BARONESA DE WILSON

LA POETISA MEJICANA

SOR JUANA JNÉS DE LA CRUZ

I



N aquel paraíso de la tierra, rico en sol, en flores, en aromas y armonías que guarda el sepulcro de Moctezuma y las inmarcesibles glorias de Hernán Cortés, vió la luz primera esta hermosa como inspirada poetisa, amante de la música, entusiasta por la ciencia, que, como diría el dulcísimo Arolas, era un cisne que cantaba las glorias de Dios en el claustro, y que por las apasionadas y amorosas poesías fué llamada por sus contemporáneos, *la decima Musa*.

Su nombre, solamente conocido en España por los literatos, es, sin embargo, popular en Méjico, y constituye, como Ruiz de Alarcón, una de sus glorias literarias, que lo son de España igualmente, pues en la época en que florecieron, aun no se había declarado independiente aquel riquísimo y grandioso imperio.

El pueblo mejicano recita y canta aquellas preciosas redondillas tan filosóficas como selectas de esa fácil como galana composición, titulada: «Defensa de las Mujeres» reproducida en un sinnúmero de revistas y almanaques que empieza:

«Hombres necios, que acusáis
A la mujer, sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis.»

Y aunque sólo conoce de esta inspirada poetisa, esta selecta poesía, pronunció su nombre con verdadero amor y respeto, como nosotros el de la sabia doctora Santa Teresa de Jesús.

Sin embargo, esas dos almas poéticas y profundamente religiosas no guardan ningún punto de semejanza. Puede decirse que son dos polos opuestos. Santa Teresa, si bien en sus mocedades escribió una novela caballeresca, que era la literatura que privaba en su época, la vemos ya en sus juegos de niña construir ermitas de cartón, cortarse el pelo y vestirse de hombre para ir con su primo en busca del martirio; una vez religiosa, abrazarse en amor divino hacia Jesucristo, fundar convento tras convento, reglamentando sus órdenes y pidiendo á Dios que la saque de este destierro, exclamando: *que muero, porque no muero*, ansiando gozar de su presencia y abandonar la tierra, pues en ella se afixaba su corazón. Sor Juana, todo lo contrario. Ama á Dios, viste el hábito, es fiel á sus votos y se consagra á la poesía, pone su talento al servicio de la música, admira los adelantos de la ciencia, adora la luz, le recrea el canto de las aves, contempla extasiada á través de la reja de su celda el hermoso panorama que la naturaleza extiende ante sus ojos, y sin que se entibie su sentimiento religioso, es su musa el eco de los festejos populares, escribe autos sacramentales y comedias que se representan en los palacios de Méjico y en los corrales de Madrid, y anhela que Dios alargue su existencia como igualmente la de los demás seres, exclamando que eso es:

«Lo que piden de ordinario
De mi breviario las horas,
Las cuentas de mi rosario.»

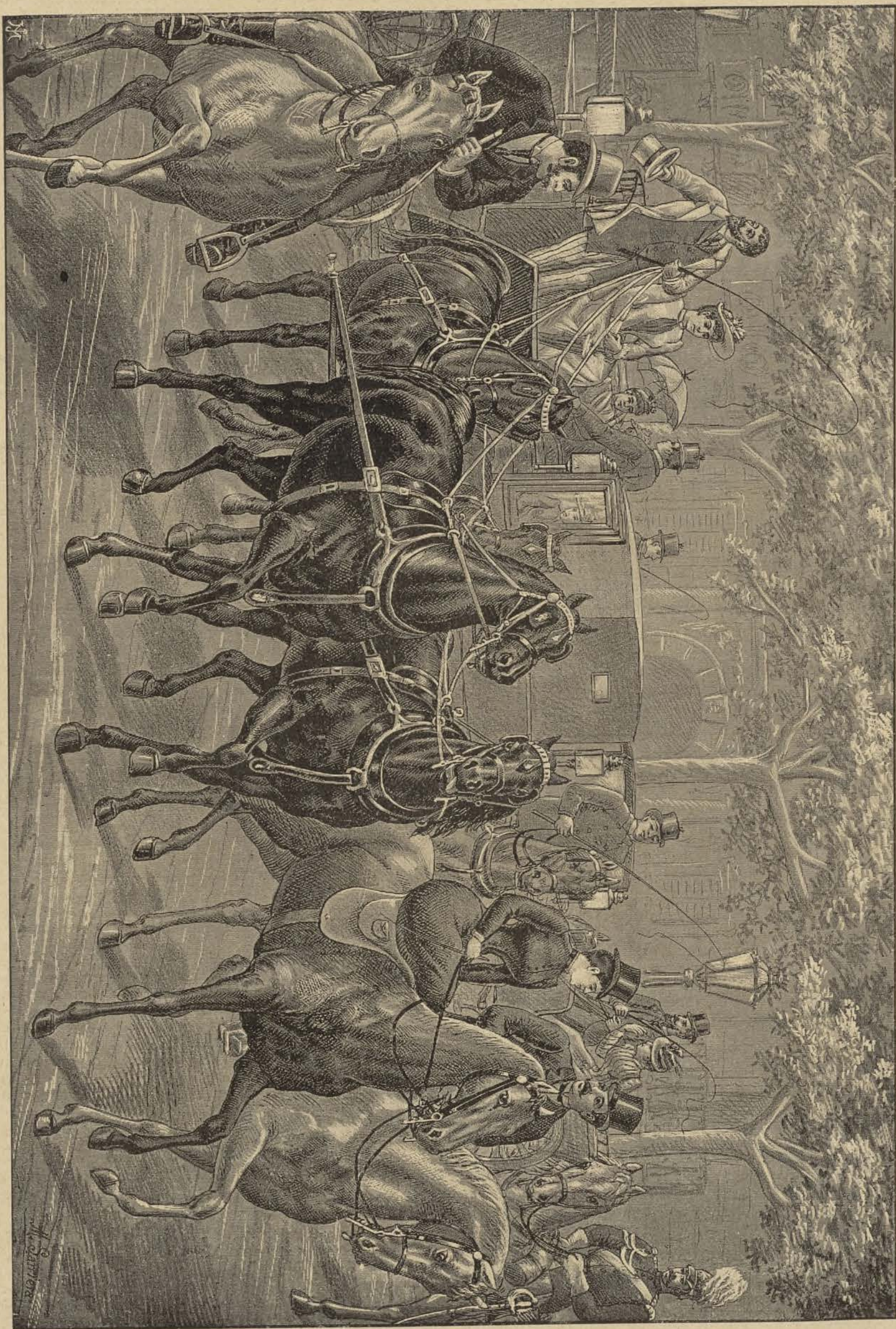
(Continuará).

EDITOR PROPIETARIO, F. NACENTE.

REDACCION, ADMINISTRACION Y DIRECCION: Calle del Bruch, 89 y 91, donde deberán dirigirse todos los avisos y pedidos de suscripciones.

Quedan reservados los derechos de propiedad literaria y artística.

Establecimiento tipo-litográfico editorial de F. Nacente.



SALIDA DEL HIPÓDROMO (22 JUNIO 1890)